

nos dice, ver al dios como ir cada día al seminario y colocarse en medio de los jóvenes para darles lecciones como uno de los profesores del colegio. Igualas y aun mayores exigencias tributa a los presbíteros de Bogotá, Pamplona, Antioquia y Panamá.

A Méjico, llegó en los momentos menos propicios. Andó con su tor la guerra civil, y el despojo de la Iglesia había ya empezado en gran escala. Con todo, a pesar de sus tendencias al "pessimismo", no puede menos que procurrar en estas frases lisonjeras: "A pesar de esta guerra civil encarnizada que durante medio siglo ha devastado el territorio mejicano, los Obispos se han esforcado por sostener en sus diócesis la enseñanza y la educación preparatoria para el sacerdocio. La revolución no respetó ni maestros, ni colegios, ni estudiantados... Hombrés de fe grande y corazón generoso, sometieron a empresas difíciles de restablecer los presbiterios destruidos a proveer las Iglesias de ministros dignos... Arreglar su disciplina a las prescripciones de la Iglesia, y velar con suma vigilancia por la vocación de sus jóvenes levitas, es hoy uno de los empeños preferentes de su cargo pastoral."

Bastan estas citas para tratar a Eyzaguirre como reformador de la enseñanza clerical. Ellas nos revelan las diversas etapas de la concepción de este seminario, y la evolución en las ideas de su fundador. Veamos ahora cómo ejecutó los colosales proyectos que hablan germinado en su mente.

I I

La necesidad de un clero docto es la primera idea que le vino a las mentes al pasar por el Perú y contemplar los estragos causados por los escritos del Doctor Virgí. En el índice de los pros prohibidos encontramos su nombre y los títulos de sus obras. De poco sirvió por el momento la prohibición. Su estilo es fascinador y sus especiosas afirmaciones a quien no está acostumbrado con sólida doctrina. Se hicieron con valdes en todos los países donde se habla la lengua española; y no me atrevere a afirmar en general que las refutaciones estuvieron a la altura del caso adversario. Baste para combatir con tales enemigos la educación impartida en los seminarios de la América del Sur. Mucho ha de haber costado a Eyzaguirre, cuando de la facultad de Teología en la Universidad de su patria, el resolver sus dudas en sentido negativo; pero cuando no lo confiesa con palabras, los hechos nos demuestran su imparcialidad, y la prontitud con que se despoja de las preocupaciones de todo aquel que ha visto más ríos que el de su patria.

Pero no es sólo un puñado de sabios el que se ha de buscar. Hay que reclutar legiones de levitas para que no suceda lo que en Panamá y otras muchas comarcas donde ha visto tantas parroquias sin templo, sin altar y sin párroco. Cómo y dónde formar unos y otros, de qué manera hallar tantas vocaciones? Ahí, en Irlanda tiene el modelo en ese seminario cuya disciplina tanto le encanta, donde se albergan quinientos jóvenes aspirantes al sacerdocio.

El ministro del culto del Imperio Brasileño le ha enseñado que un muro impenetrable ha de separar al clero nuevo del antiguo, y qué muro mejor que el Océano? En Europa, en la Madre y Maestra de todas las Iglesias debe levantarse el Colegio en que han de beber la ciencia y la virtud, los levitas de la Iglesia Americana. El patriotismo mal entendido, el provincialismo, se opondrán de seguro. Pero, no ha visto los peligros que corren en la América española? Desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, en todas las Repúblicas ha habido convulsiones y estragos, y los males pasados hacen temer por lo porvenir. En Roma, en Roma sola puede beberse la ciencia que ha de oponerse a la falsa sabiduría que se propaga en el Nuevo Continente; del Vaticano solo puede brotar la luz que ha de inundar una vez más al Nuevo Mundo.

Qué norma seguir? Qué ejemplos imitar? Los colegios extranjeros en Roma son de antigua erección, salvo el Francés que empieza a vivir. Puede por ventura seguirse las huellas de los que establecieron el Colegio Germánico y el Colegio Inglés, en la época de la Reforma Protestante? En cambio el insigne personaje que cedió su casa para el Colegio Urbano de Propaganda Fide se atrae las simpatías del Sacerdote Chileno, quien se propone imitarlo punto por punto. Compra al efecto la casa bien conocida de la Plaza de la Minerva, y allí traslada desde luego su domicilio.

Pero ceder una casa no es "fundar" un establecimiento de educación. Es preciso dotarlo, es indispensable ganar el favor del público, sin el cual quedaría vacío el edificio, aunque abundaran los recursos pecuniarios. Bien lo comprendía Eyzaguirre; aunque por delicadeza rehusó los ofrecimientos de Pío IX al principio, sí solicitó auxilios en Méjico y en las poblaciones que visitó en la América del Sur.

Lo que no me atrevere a afirmar, es que haya comprendido el incremento que iba a tomar un Colegio establecido para educar el clero de tantas Repúblicas, y las enormes sumas de dinero que aquella empresa exigía. Los que más tarde fundaron los colegios de los Estados-Unidos, de España, de Portugal, de Lombardía, o los internacionales de los Ordenes Religiosos, ya encontraron explotado el camino, y señalados los escollos que el nuestro propio se vió forzado a descubrir a su costa.

No así Monseñor Eyzaguirre. No podía prever que quebrantos de familia cegarían la fuente de sus recursos, precisamente cuando-

(1) Los Señores Cardenales Serafino y Vincenzo Vannutelli.

Pero no es sólo un puñado de sabios el que se ha de ocupar... Hay que reunir legiones de levitas para que no suceda lo que en Panamá y otras partes concurra donde ha visto tantas parroquias y otros, de que manera hallar tantas vocaciones? Ahí, en Irlanda, tiene el modelo en ese seminario cuya disciplina tanto la encan- ta, donde se alborazan quince jóvenes sabientes al acordar...

El ministro del culto del Imperio Brasileño le ha enseñado que un mundo imperituro ha de separar el oficio nuevo del anti- guo, y que para mejor que el Obispo en Europa, en la Madre y Maestra de todas las Iglesias debe levantarse el Colegio en que han de beber la ciencia y la virtud, los levitas de la Iglesia Americana. El paternalismo mal entendido, el provincialismo, se oponen de seguro. Pero, no ha visto los países que corren en la América española? Desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, en todas las Repúblicas ha habido convulsiones y estragos, y los males pasados hacen temer por lo porvenir. En Roma, en Roma sola puede hacerse la ciencia que ha de oponerse a las falsas sabidurías que se propagan en el Nuevo Continente; del Vaticano solo puede brotar la luz que ha de inundar una vez más al Nuevo Mundo.

¿Qué norma seguir? ¿Qué ejemplos imitar? Los ejemplos extranjeros en Roma son de antigua ejecución, salvo el Francés que emplea a vivir. Puede por ventura, seguirse las huellas de los que establecieron el Colegio Germánico y el Colegio Inglés, en la época de la Reforma Protestante? En cambio el instigante personaje que cedió su casa para el Colegio Urbano de Propaganda Fide se atravesó las simpatías del sacerdote Chifano, quien se propone imitarlo punto por punto. Compra el efecto la casa bien conocida de la Plaza de la Minería, y allí trasladada desde luego su domicilio.

Pero ceder una casa no es "fundar" un establecimiento de educación. Es preciso dotarlo, es indispensable ganar el favor del público, sin el cual quedará vacío el edificio, aunque abunde con los recursos pecuniarios. Bien lo comprendió Eyzaguirre; que por delicadeza rehúsó los ofrecimientos de Pío IX al principio al solicitar exilios en Méjico y en las poblaciones que vi- sión en la América del Sur.

Lo que no me atreveré a afirmar, es que haya comprendido el momento que iba a tomar un Colegio establecido para educar el oficio de tantas Repúblicas, y las enormes sumas de dinero que la mala empresa exigía. Los que más tarde fundaron los colegios de los Estados Unidos, de España, de Portugal, de Lombardía, o los internacionales de los Ordenes Religiosos, ya encontraron expa- rado el camino, y señalados los escollos que el maestro propio se vio forzado a descubrir a su costa.

No así Monseñor Eyzaguirre. No podía prever que quebrantos de familia cesarían la fuente de sus recursos, precisamente cuando

mayor necesidad tenía de numerario para pagar totalmente la casa acabada de comprar, convertirla en seminario, y dotarla de una manera competente. No podía imaginarse que la invasión de los Estados Pontificios agotaría en erario de Pío IX, quien ya no estaría en situación de impartir los auxilios ofrecidos y al principio rehusados. Ni él, ni nadie, podía figurarse que tan pronto y tan universalmente habían de ensangrentarse las Repúblicas Americanas con revoluciones que empobrecieron a Prelados y fieles, interrumpieron las comunicaciones, e impidieron, o retardaron, el cumplimiento de muchas promesas hechas al ilustre viajero. Pero lo que menos podía haber soñado el mundo era que esa plata que había hecho famosos al Perú y a Méjico, se vería más tarde reducida a la categoría de vil metal, inferior aun al cobre, y trastornaría por completo las nociones hacendarias que habían prevalecido por varios siglos.

Algunos de estos cambios ya se iniciaban cuando el 21 de noviembre de 1858, en una ala del convento de San Andrés del Valle, se abrió el Colegio de la América Latina. Se abrió, digo; pero no porque acudieran desde luego a llenarlo legiones de Sud-Americanos, sino porque por vez primera giraron sobre sus enmohecidos goncos, las raquílicas puestas que conducían a nuestro rincón. No desanimaron a Eyzaguirre tan humildes comienzos, ni las contrariedades cada día en aumento, ni la inconstancia de no pocos jóvenes que fueron llegando uno tras otro, sin saber muchos de ellos a qué venían, ni tener idea de la disciplina de un seminario, ni estar preparados para seguir los cursos de una Universidad en que el latín es la lengua vulgar. Las cartas que él escribía, aun a éste su juvenil amigo de Méjico, respiraban entusiasmo. Consideraba su Seminario ya fundado, y me exhortaba a venir sin tardanza. Pero no puede afirmarse que lo estuviera, aunque ya estemos celebrando el quincuagésimo aniversario.

No puede decirse que quedara realmente establecido, hasta enero o marzo de 1860. El puñado de alumnos que frecuentaban las aulas universitarias, sabía ya lo que era estudiar y comprendía la necesidad de sujetarse a la disciplina escolástica. Entonces cobraron valor, y entregándose de lleno al trabajo, se propusieron ganar laureles que al principio les parecía imposible arrancar.

El año académico de 1860 a 1861 forma época en los anales, no sólo de nuestro Colegio, sino de la Universidad Gregoriana. Nuestros jóvenes alumnos ganaron en las clases inferiores premios sin cuento. En la facultad de Teología un solo individuo vió -- -- -- prendidas a su pecho cinco medallas. Hasta entonces, sólo dos -- -- -- hermanos, ahora Eminentísimos Purpurados entrambos, (I) habían logrado tamaños triunfos. Recorred los libros de la Universidad, y en vano buscaréis la repetición de un hecho semejante, hasta los últimos años en que, multiplicándose los estudiantes de facultad mayor, se han multiplicado los premios y facilitado las competencias.

(I) Los Señores Cardenales Serafino y Vincenzo Vannutelli.

mayor necesidad tenía de numerario para pagar totalmente la casa  
acabada de comprar, convertirla en seminario, y dotarla de una  
manera competente. No podía imaginarse que la inversión de los  
dichos Pontificios agotaría en el año de 1874, quien ya no sa-  
ría en situación de impartir los auxilios ofrecidos y al prin-  
cipio rechazados. Ni él, ni nadie, podía figurarse que las Repúblicas  
y tan universalmente habían de enagranarse las Repúblicas  
ricanas con revoluciones que empobrecieron a Pruebas y Pruebas,  
interrompieron las comunicaciones, e impidieron o retardaron el  
cumplimiento de muchas promesas hechas al ilustre viajero. Pero  
lo que menos podía haber soñado el mundo era que esa Plata que  
había hecho famosa al Perú y a México, se viera más tarde redu-  
cida a la categoría de vil metal, inferior aun al cobre, y tras-  
formada por completo las nociones haciendas que habían preva-  
lido por varios siglos.

Algunos de estos cambios se iniciaban cuando el 21 de no-  
viembre de 1878, en una sala del convento de San Andrés del Valle  
se abrió el Colegio de la América Latina. Se abrió, digo; pero  
no porque se hubiera hecho luego a llenarlo legiones de sud-americanos  
ganes, sino porque por vez primera giraron sobre sus ennoblecidos  
gonces, las reputadas puertas que conducían a nuestro rincón. No  
desembarcaban a Eyzaguirre tan humildes comienzos, ni las contri-  
buciones cada día en aumento, ni la inconstancia de no pocos de  
venas que fueron llegando uno tras otro, sin saber muchos de  
ellos a qué venían, ni tener idea de la disciplina de un semina-  
rio, ni estar preparados para seguir los cursos de una Universi-  
dad en que el latín es la lengua vulgar. Las cartas que él escri-  
bió, aun a este su juvenil amigo de México, respaldaban entera-  
mente. Constatada su seminario ya fundado, y me exportaba a venir  
sin tardanza. Pero no puede afirmarse que lo estuviera, aunque  
ya estamos celebrando el quincuagésimo aniversario.

No puede decirse que quedara realmente establecido, hasta el  
año de marzo de 1880. El número de alumnos que frecuentaban las  
salas universitarias, según ya lo que era estudiar y comprender  
la necesidad de ajustarse a la disciplina escolástica. Entonces  
cobraron valor, y entregándose de lleno al trabajo, se propuso  
con ganar laureles que al principio les parecían imposible. Erro-  
res.

El año académico de 1880 a 1881 forma época en los anales  
de nuestro Colegio, año de la Universidad Gregoriana. Pues  
tres jóvenes alumnos ganaron en las clases inferiores premios  
sin cuento. En la facultad de Teología un solo individuo vio  
prender a su pecho otras medallas. Hasta entonces, sólo los  
hermanos, ahora eminentes purpúras entranos. (I) habían  
logrado semejantes triunfos. Recorred los libros de la Universidad  
y en vano buscáis la repetición de un hecho semejante, hasta  
los últimos años en que, multiplicándose los estudiantes de fa-  
cultades, se han multiplicado los premios y facultades  
competencias.

(I) Los señores Cardenas Bertrán y Vicente Vannutelli.

Bien podía estar contento de su obra el ilustre Chileno; pero  
preciso es confesar que un éxito tan colosal no se habría obteni-  
do, si no lo hubiera confiado a la Provincia Romana de la Compa-  
ñía de Jesús. Yo me complazco en pregonarlo; y si hasta el mundo  
mejor en que están recibiendo el premio de sus trabajos y tribu-  
laciones los Padres Marcucci y Ruiz de Cárdenas, puede llegar el  
eco de mis palabras, dignense escuchar las expresiones sinceras-  
de mi gratitud. A ellos debo el haber sido "magna pers" en este  
asalto general de palmas académicas, que compensó a superiores y  
alumnos de las escaseces materiales que cada día aumentaban y ha-  
cían a aquéllos desfallecer.

Pero no flaqueó el ánimo indomable de Eyzaguirre. Aun recuer-  
do con fruición la vez primera que se presentó entre nosotros -  
con las insignias de Protonotario Apostólico, y celebró con hono-  
res prelatos la misa conventual. Aun resuenan en mis oídos -  
los ecos de mi propia lira al augurarle buen viaje a las Repúbli-  
cas del Ecuador, Bolivia y Perú, que se aprestaba a visitar una  
vez más, revestido del carácter de Abridgo Apostólico. Se creyó  
que este alto cargo Pontificio le serviría para ganar protección  
y recursos para su querido Colegio, y lo habría conseguido si -  
las circunstancias no hubieran sido tan adversas.

Qué fué lo que lo indujo, terminada su misión, a regresar a -  
Chile, y a no hacer en esta Eterna Ciudad sino una que otra fugaz  
aparición? Ni lo sé ni nos importa investigarlo. Lo que puedo a-  
firmaros es que el año de 1874 se le vió llegar a esta Dominante  
con un bagaje de seis tomos de discursos sagrados, escritos y pu-  
blicados para el uso y provecho de sus queridos alumnos del Cole-  
gio Pío-Latino-Americano. Sabéis lo que significan seis gruesos-  
volúmenes de sermones? Sabéis cuántos años representan de traba-  
jo continuo, de estudio, de actividad, de celo, de piedad y de -  
fervor? No había, pues, permanecido ocioso en su retiro a orillas  
del Pacífico, y de nuevo vertía nuevos aguaceros de sabiduría so-  
bre sus colegiales, para que éstos a su vez los esparcieran por  
toda la extensión del Continente Americano.

No le restaba ya más que prepararse a morir; y presintiera o  
no su cercano fin, se aparejó al último trance como quien era. -  
Una es la preparación del soldado, otra la del atleta, otra la -  
del monje, otra por último la del viajero cristiano y observador.  
Una última piadosa visita a los Santos Lugares de Jerusalén fué  
la preparación inmediata, y como si sólo esto aguardara, a su re-  
greso cortó de súbito la Parca el hilo de sus días, sin dolores,  
sin molestias, sin sufrimientos, en la Bahía de Alejandría de -  
Egipto. Contaba apenas cincuenta y siete años, y su sepulcro fué  
el que merece un viajero incansable; el ancho mar, el mar Medite-  
rráneo, el mar que sepultó en los tiempos antiguos a los héroes-  
de Salamina y en los modernos a los de Lepanto. Qué más se puede  
ambicionar?

- Pero en cambio, esta gloriosa tumba priva de sufragios al que  
durante su vida se dedicó a la educación de los jóvenes.